

Hipócrates fue uno de los primeros que trató del efecto morboso de la embriaguez sobre la concepción. Licurgo hace embriagar públicamente a los ilotas a fin de inspirar a los niños espartanos el horror por el alcohol. A los seres defectuosos los arrojaban por un despeñadero y practicaron de este modo una selección, que produjo en su raza, un especial perfeccionamiento físico. Con puntos de vista esencialmente eugénicos, Hipócrates aconseja que la mujer en cinta lleve una existencia tranquila, agradable y activa, exenta de toda fatiga y exceso. Ese mismo sabio escribía como un evangelio: «El tísico nace del tísico». Platón sostuvo la conveniencia de que el Estado regulara las uniones en beneficio de los intereses generales, debiendo estar facultado para elegir a los hombres más sanos y las mujeres más hermosas y fuertes para la obtención de hijos seleccionados.

Con idénticos propósitos fue aplicada modernamente la esterilización, por intervención quirúrgica, de los degenerados o de los expuestos a procrear seres enfermos o deformes. Pero esa medida eugénica, cuya aplicación repugna a nuestros sentimientos, ha sido fuertemente combatida en nombre de la caridad y la fraternidad humanas.

El principio de la selección de los mejores reproductores que aplicado a la crianza de animales o a la producción de plantas, ha mejorado las razas de una manera asombrosa, produciría el mismo efecto si se aplicara a la especie humana. Como esto no es posible, *el hombre debe selectarse a sí mismo*, haciendo matrimonios guiados por la razón y el deber y no por la pasión ciega, que debe sacrificarse, si fuere necesario. Solamente por medio de una selección voluntaria, de un sacrificio voluntario de uno.